

Mario Luzi

Abril-Amor

La idea de la muerte me acompaña
entre los muros de esta calle que sube
y pena en todos sus recodos. El frío
primaveral irrita los colores,
enrarece la hierba, las glicinas, casca
la piedra; bajo abrigos e impermeables
punza las manos secas, escalofría.

Tiempo que sufre y hace sufrir, tiempo
que en claro torbellino trae flores
y crueles apariciones, y cada una
—mientras inquieres qué son— desaparece
al instante en el polvo y el viento.

El camino recorre lugares conocidos
pero irreales ahora
prefigurando el exilio y la muerte.
¡Tú, que eres, yo, que he llegado a ser,
que merodeo en tan ventoso espacio,
hombre tras una huella fina y débil!

Es increíble que aún te busque en éste
y otros lugares de la tierra, donde
apenas podríamos reconocernos.
Pero es todavía una edad, la mía,
que de los otros espera
eso que está en nosotros, o no existe.

El amor ayuda a vivir, a durar,
el amor anula y da principio. Y cuando
el que sufre o languidece espera, si aún espera,
que un auxilio se anuncie a lo lejos,
ya está en él, basta un soplo para suscitarlo.
Lo he aprendido y olvidado mil veces,
por ti resulta hoy algo muy claro,
por ti adquiere viveza y verdad.

Mi castigo es durar más allá de este instante.

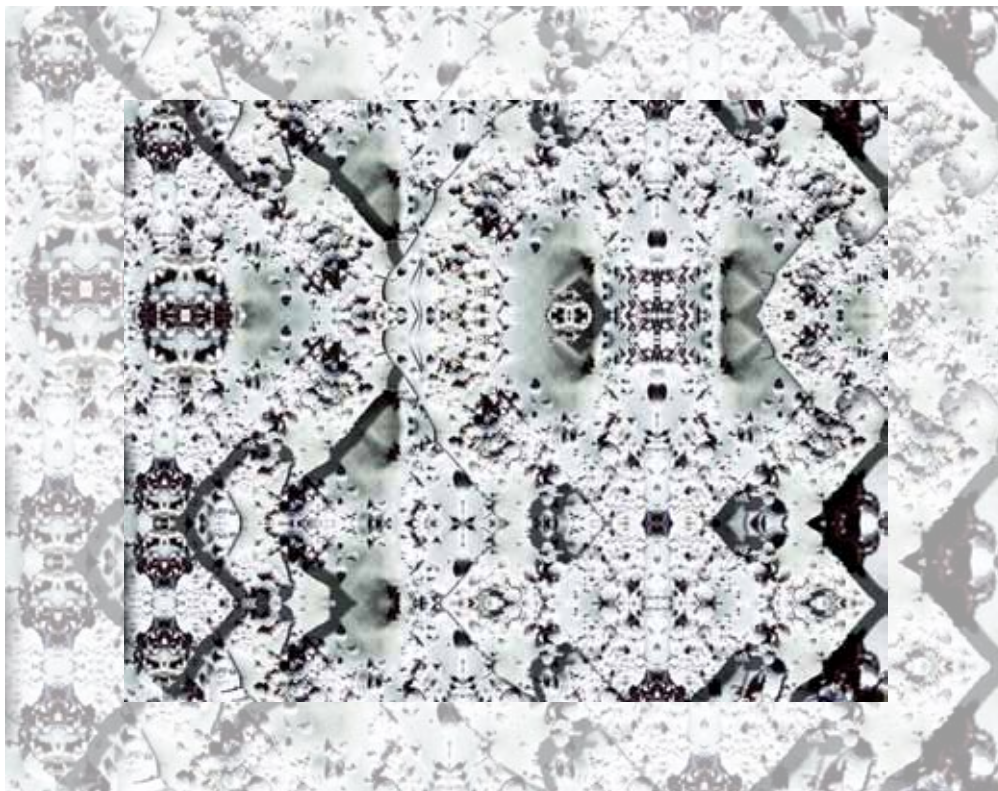
En la inminencia de los cuarenta años

Tal idea me persigue en este oscuro
caserío, donde corre un viento de altiplano
y la zambullida del vencejo corta el hilo
sutil de la lejana cordillera.

Pronto se cumplirán cuarenta años de ansia,
de hastío, de risas repentinas, rápidas
como rápida es en marzo la ventisca
que esparce luz y lluvia; son dilaciones,
gente amada que me arrancaron de las manos,
de mis lugares, arraigadas costumbres
rotas de pronto, que hoy debo comprender.
El árbol del dolor agita su ramaje...

De mis hombros se levantan los años
en enjambres. No fue en vano: es la obra
que cumple cada uno, la de todos
los vivos y los muertos, penetrar el mundo
opaco por calles claras y subterráneos,
llenos de pérdidas y efímeros encuentros,
o de amor en amor, o sólo uno,
de padres a hijos, hasta purificarlo.

Al decir esto, puedo encaminarme
de buen grado entre la eterna presencia
del todo en la vida y en la muerte,
esfumarme en el polvo o en el fuego,
si es que el fuego sobrevive a la llama.



Senior

Para los viejos
todo es demasiado.
Una lágrima en la hendidura
de la roca, puede saciar
la sed ya tan escasa. El fin
y la víspera del fin reclaman
poco, hablan en voz baja.
Pero ¿nosotros, en plena juventud,
en la hornaza de los tiempos? Piénsalo.

Muere ignominiosamente la república

[A Javier Sicilia, de parte del autor]

Muere ignominiosamente la república,
ignominiosamente la espían
en sus últimos momentos sus incontables bastardos.
Ignominiosamente los cuervos afilanse el pico en el cuarto
[contiguo.

Ignominiosamente riñen sus huérfanos,
entre sí se destrozan ignominiosamente sus chacales.
Todo sucede ignominiosamente, todo
menos la muerte misma –quiero darme a entender
ante no sé qué tribunal
de alguna soñada equidad. Pero ya es cosa juzgada.

NOTA

La obra poética de Mario Luzi (Castello, Florencia 1914-2005) adquiere, a partir de *Onore del vero* (1957), un carácter y una entonación aún más hondos y absortos, en que prevalece un vivo sentimiento del hombre cristiano, consciente de la no casualidad del dolor. Las tintas se opacan, se amortiguan y nos conduce a la plena madurez del poeta florentino, que lo sitúa como una de las figuras de mayor relieve de la poesía italiana de la segunda mitad del siglo XX.

Al igual que los grandes sabinos, hay obras que continúan ahondando sus raíces y ampliando sus troncos y follajes, que beben toda la luz para iluminar su profunda linfa secreta. Parecen cubrirlo todo, que tienen por aliada a la intemporalidad. Cuando veo en perspectiva la poesía de Luzi –para mi gusto uno de los mayores poetas en lenguas romances–, siempre aparece ante mis ojos la imagen de un sabino muy antiguo y muy joven, que lo ha visto todo y nos habla de ello en voz baja, como se habla de las cosas vividas hasta el fondo, “en ese acto de participación amorosa en que se resuelve, de una vez para siempre, la oscuridad de nuestra vida”.